

consolador y amargo en extremo. ¿Qué suerte pretendemos? ¿Cómo correspondemos al llamamiento divino? ¿Somos fervorosos en trabajar por nuestra salvación? ¿Qué haríamos si supiésemos que muy presto ha de llegar el tiempo de la paga? Puesto que puede sucedernos, preparémonos con eficaces propósitos, fervientes súplicas, rogando por nosotros y por todas las obligaciones y necesidades.

DOMINICA DE SEXAGÉSIMA.

PRELUDIO 1.º Salió el sembrador á sembrar su semilla, de la cual, parte cayó en el camino, parte entre piedras, parte entre espinas, y no dió fruto; pero otra parte cayó en tierra buena, y produjo fruto abundante.—(Luc., VIII, 4-15.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús proponiendo y explicando esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de sacar mucho fruto de la divina palabra.

Punto 1.º Salió el sembrador á sembrar su semilla. Este divino Sembrador es el Verbo encarnado, que, deseoso de recoger abundante cosecha de almas escogidas, descendió del cielo al campo de este mundo, con el fin de sembrar en él y en los corazones de los hombres, que son como porciones de este campo, la preciosa semilla de su divina palabra, no sólo la exterior, por medio de su doctrina y ejemplos, sino también la interior, por medio de sus inspiraciones, ilustrando nuestra mente y moviendo nuestra voluntad. Esta caritativa obra hizo por sí y por sus enviados, ya por los ángeles, ya por los Apóstoles y demás ministros de la Iglesia, valiéndose para ello de la predicación, buenas lecturas, santos ejemplos, piadosas imágenes y otros objetos y acontecimientos, que son como ocasiones que despiertan en nuestra alma santos afectos y deseos. Considera cómo lo que movió á este divino Sembrador á emprender este trabajo fué sólo el amor á su Padre y el deseo de nuestro bien. Aunque toda su semilla fructificase abundantemente, ni había de aumentarse su gloria esencial, ni se habían de acrecentar sus riquezas, ni había de ser más feliz. Pues ¡oh ingratitud y torpeza del hombre, que no quiere hacer fructificar en sí la divina semilla de la palabra de Dios! Porque, como dijo el Salvador, de cuatro partes de la semilla sembrada, las tres se perdieron miserablemente: la una por caer junto al camino, y ser hollada por los pasajeros y comida de las aves del cielo; la otra por haber caído entre piedras, y no haber podido arraigarse; y la otra por haber caído entre espinas, las cuales, saliendo y creciendo más que ella, la sofocaron. Estas tres suertes de tierra ingrata y desaprovechada representan otras tantas clases de hombres, para los cuales la divina palabra, lejos de aprovechar, será tal vez ocasión de mayor castigo; porque, ó no la quieren escuchar, pudiendo; ó, si la escuchan, son inconstantes en hacer lo que Dios les ins-

pira; ó, si comienzan á obrar según la divina inspiración; los negocios exteriores ahogan su espíritu y los apartan del buen propósito. Los primeros no tienen ninguna disposición para escuchar la divina palabra; los segundos están algo dispuestos, pero algunos obstáculos interiores impiden que prospere; los terceros tienen también alguna disposición, pero viciada por algunos estorbos exteriores. ¿Nos hallamos comprendidos en alguna de estas clases? ¡Oh divino Sembrador! Confieso que mi pobre corazón es tierra árida, seca y sin agua, y que de sí, sólo puede dar espinas y abrojos. Si queréis que dé algún fruto, Vos habéis de limpiarle con vuestra gracia, trabajarle con mortificaciones, regarle con vuestra sangre, sembrarle con vuestra inspiración; y aun después habéis de vigilarle, y con vuestro poder impedir que él no estorbe por su malicia el desarrollo de la divina semilla que vuestra caridad le ha concedido.

Punto 2.º Considera cómo la cuarta parte de la semilla cayó en tierra buena, y, saliendo, produjo el fruto centuplicado. Tierra buena son aquellas almas bien dispuestas para recibir la divina semilla y hacer que fructifique. Tales son aquellas que, verdaderamente deseosas de su aprovechamiento, apartan de sí todos los obstáculos que podrían impedir el fruto de las mismas; aquellas que, como campo bien preparado, están rodeadas de la cerca de la modestia y recogimiento que impide la entrada de los ladrones infernales; limpias de las espinas de los cuidados y aficiones terrenas, y de las piedras de las ocasiones peligrosas; abonadas con el recuerdo de su propia vileza, pequeñez y miseria; cultivadas con el arado de la mortificación; regadas oportunamente con el abundante riego de la divina gracia y con las lágrimas derramadas por el dolor de sus culpas; en fin, dispuestas de tal modo, que se arrojan en las manos de Dios para que haga de ellas lo que quiera, diciéndole con David: «Preparado está mi corazón, Señor; preparado está». Estas almas afortunadas son las que reciben con agradecimiento la divina semilla, cualquiera que sea el medio de que se sirva Dios para sembrarla en ellas; la retienen con cuidado, fomentándola con el calor de la meditación, volviendo repetidas veces la consideración á ella, y evitando todo aquello que podría quitársela; y, finalmente, con grande paciencia la hacen fructificar, obteniendo como precioso fruto méritos abundantes, virtudes señaladas, obras santas y eterno galardón en el cielo; todo esto en mayor ó menor grado, según sea la disposición con que la hayan recibido, porque está escrito: «Cada cual recibirá la recompensa según haya sido su trabajo». ¡Oh Salvador del mundo! Vos sois el escogido grano de trigo mortificado por la incredulidad de los judíos, y multiplicado maravillosamente con la fe de las naciones; por este admirable crecimiento y multiplicación os ruego que fructifique y se multiplique en mí vuestra divina semilla de tal modo, que merezca

en la muerte ser colocado en los graneros del cielo. ¿Con qué disposiciones recibimos la palabra divina? ¿Qué fruto produce en nosotros?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán inefables son la bondad, generosidad y largueza de Dios! Este amantísimo Padre, movido únicamente por el deseo de hacernos bien, se digna sembrar en nuestro corazón la semilla de la divina palabra, ya por sí mismo, ya por medio de sus ministros. Semilla divina es aquel deseo de mayor recogimiento, de más penitencia y silencio que sentimos en nuestra alma; aquel dolor de los pecados cometidos, desgana de las cosas del mundo, anhelo por la eterna felicidad que ocupa nuestro espíritu. ¡Con qué generosidad siembra este amante Sembrador! Muchos corazones son duros, que no quieren siquiera recibir su semilla; mas no importa; Él prosigue sembrando. Otros son temporales; un momento la reciben, pero luego la desechan; á pesar de esto, no deja de sembrar sus inspiraciones. Otros, aunque por de pronto hacen que fructifique, luego, embarcados por los cuidados terrenos, impiden su desarrollo; con todo, Jesús no cesa en su caritativa y benéfica obra de sembrar esta preciosa semilla, y se consuela con que algunos saquen el provecho y fruto que Él pretende. Éstos le compensan satisfactoriamente la pérdida que los otros por su culpa le ocasionan. También ha caído repetidas veces en nuestra alma la semilla sanja del Señor. ¿Cómo la hemos recibido? ¿Hemos puesto estorbos á su desarrollo? ¿Hemos procurado que diese el fruto que deseaba el Señor? Todavía tenemos tiempo y ocasión; empecemos siquiera hoy á mostrar algo más agradecimiento á la generosidad de Jesús; hagamos que el campo de nuestra alma dé fruto de ciento; ordenemos á este fin nuestros propósitos y súplicas, sin olvidar las demás necesidades.

DOMINICA DE QUINCUAGÉSIMA.

PRELUDIO 1.º Subiendo Jesús á Jerusalén, anunció á sus discípulos los trabajos que allí había de padecer, y al pasar junto á Jericó, dió vista á un ciego que con fervor se la pidió. —(Luc., XVIII, 31-48.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús manifestando á sus Apóstoles su futura Pasión y resurrección, y dando vista al ciego que se la pide.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de entender las palabras de Jesús, y sacar de ellas el fruto que su Majestad pretende.

Punto 1.º Llamó Jesús á sus Apóstoles, y les dijo: «Mirad que subimos á Jerusalén, en donde tendrán cumplimiento todas las cosas que han dicho los profetas acerca del Hijo del hombre». Considera cómo la obligación de todo cristiano, mientras vive en este mundo, es dirigirse á la Jerusalén celestial, no bajando, sino subiendo, esto es, haciéndose violencia, hollando las cosas terre-

nas, aspirando constantemente á mayor santidad, á más alto grado de perfección, y acercándose más cada día al cielo por la unión con Dios. El fervoroso discípulo de Jesús siempre traza y ordena subidas, creciendo de virtud en virtud, hasta llegar á la celestial Jerusalén. Pondera, sin embargo, que para subir á esta deliciosa ciudad, en donde ha de hallar el gozo y el triunfo, es indispensable que el hombre pase antes por la Jerusalén terrena, en la cual se halla el templo y el Calvario, símbolos de la oración y penitencia, puesto que éstas son las dos alas con que se sube á la gloria. ¿Te ejercitas en estas dos importantes virtudes? Escucha á Jesús cómo describe con grande particularidad á sus Apóstoles los tormentos de su Pasión: «El Hijo del hombre, dice, será entregado á los gentiles, y mofado, y azotado, y escupido; después le matarán, y al tercer día resucitará». ¡Cuán presentes tenía en su mente los trabajos que por nosotros había de pasar! ¡Con qué gusto hablaba de ellos! ¡Cómo los revolvía á menudo dentro de su corazón! Todo esto nos descubre el inmenso amor de Cristo á los hombres; la enorme ingratitud de éstos, que apenas se acuerdan de lo que su Padre ha sufrido por ellos; el horror que constantemente hemos de tener al pecado que tal estrago causó, y la confianza de que, si imitamos á Jesús en las penalidades, éstas se convertirán algún día en bienaventuranza y gloria. ¡Oh si entendiésemos bien esta doctrina! ¡Si nos persuadiésemos que nuestra felicidad, virtud y dicha está en la cruz! ¿Nos sucede lo que á los Apóstoles, que por su imperfección no entendieron las palabras de su divino Maestro? ¡Oh Maestro sapientísimo! Concededme vuestro divino espíritu para que ame lo que Vos amáis, suspire por lo que Vos suspiráis, y comprenda las palabras que Vos decís, aceptándolas con amor, rumiándolas con reflexión, y conformando perfectamente á ellas mi vida.

Punto 2.º Acercándose el Señor á Jericó, había junto al camino un ciego que pedía limosna, el cual, enterado de que pasaba Jesús, comenzó á clamar: «Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí». Y aunque las turbas le mandaban que callase, y le reprendían porque gritaba, él, con más instancia, y esforzando más la voz, repetía lo mismo, hasta que alcanzó lo que pretendía. En este pobre ciego hemos de considerar la miseria y desgracia del hombre, ciego para las cosas espirituales y para lo que atañe á su eterna salvación; porque así como la ceguera corporal afea el rostro, impide el trabajo, pone en continuos peligros y priva del gozo y alegría, así la ceguera espiritual envilece y afea el alma, no la deja trabajar en el negocio más importante, expónela á continuos peligros, tropiezos y á la misma muerte eterna, y, finalmente, le quita el verdadero gozo, porque no hay paz para los impíos, dice el Señor. Pero observa las virtudes que disponen á este ciego para recibir la vista del cuerpo, y con ellas te dispondrás tú también para alcanzar de Dios la del

alma. Él tiene fe viva y ardiente, creyendo que Jesús es el Hijo de David, ó el Mesías, que con tal nombre era apellidado entre los judíos; deseo intensísimo de recobrar la vista, el cual le mueve á pedir á las gentes que le digan quién pasa, y á levantar la voz con fervientes súplicas, sabiendo que pasa el Señor, poderosísimo para sanarle; oración fervorosa, como lo indican los clamores que salen de su pecho; resignada, porque no pide otra cosa sino misericordia; y perseverante, persistiendo en ella hasta alcanzar el ser oído, sin hacer caso de los que le dicen que calle. ¡Oh, si todos los que están ciegos para las cosas espirituales imitasen las virtudes de este ciego! ¡Si cuando menos las imitasen tú, que conoces la desgracia y miseria que es la ceguera espiritual! Entonces obtendrías, sin duda, la luz del Señor, como la alcanzó el ciego, y oirías de sus labios aquellas palabras: «Tu fe te ha salvado». ¡Oh Jesús mío! Permitidme que con toda humildad os diga como el ciego: «Jesús, Hijo de David, tened misericordia de mí». Mirad que estoy ciego, y no conozco á Dios, ni á las criaturas, ni á mí mismo. Señor, haced que vea; porque si no veo, no puedo entenderos, ni glorificaros como debo.

Epilogo y coloquios. Todos los hombres del mundo se dirigen en cierto modo á Jerusalén; porque todos buscan la paz y la felicidad. Mas ¡cuán pocos son los que logran penetrar en esta felicísima ciudad! Para llegar á tan dichoso término, es preciso subir, hollando las cosas terrenas y haciéndose el hombre superior á sí mismo, y los hombres van de continuo bajando hasta ponerse bajo el nivel de los mismos irracionales; es indispensable la oración continua y la mortificación incesante, y estos medios se abandonan; es imprescindible seguir á Cristo y penetrarse de sus sentimientos y afectos, amando lo que Él ama, aborreciendo lo que Él odia, y por desgracia se sigue un camino opuesto; y aun los que se precian de discípulos suyos, á semejanza de los Apóstoles, no entienden el lenguaje de la cruz. ¡Ah! ¡Cuántos son los ciegos que andan por los caminos de este mundo! Tal vez también nosotros pertenecemos á tan deplorable clase. Si así fuera, imitemos al ciego de Jericó. Procuremos llegarnos á Jesús con fe viva, confianza cierta, resignación absoluta en su divina voluntad, oración humilde, ferviente y perseverante, y no dudemos que recibiremos la vista espiritual de que tanta necesidad tenemos. Formemos con este fin aquellas resoluciones y propósitos que nos sean convenientes; y con fervientes coloquios y humildes súplicas, pidamos gracia para cumplirlos, y roguemos por todas las necesidades, en particular por los ciegos pecadores que se precipitan en el infierno.

DOMINICA I DE CUARESMA.

- PRELUDIO 1.º Jesucristo en el desierto fué tentado de varios modos por el demonio; pero resistió con fortaleza al enemigo, y vinieron los ángeles á servirle.—(Matth, IV, 1-11.)
- PRELUDIO 2.º Representate á Jesús en el desierto, resistiendo las tentaciones del demonio.
- PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar á Jesucristo, resistiendo al enemigo.

Punto 1.º Considera cómo estando Jesús en el desierto, entregado á la oración y penitencia, envidioso el demonio de tanta virtud, se le acercó y comenzó á tentar, induciéndole á que convirtiese las piedras en pan para remediar su necesidad; mas viéndose rechazado, tentóle de vanagloria, y por fin, de ambición de poderío y riquezas. Acerca de esto debes ponderar la malicia, atrevimiento y astucia del demonio, el cual no puede tolerar que un alma comience á servir á Dios con fervor, sino que al instante se esfuerza en hacerla desistir de su buen propósito y apartarla del buen camino que ha principiado. Lo cual procede del odio encarnizado que tiene contra Dios y contra su divino culto, y de la cruel envidia que tiene al hombre, cuya gloria y felicidad le recuerdan su pasada grandeza, y quisiera estorbarla con todas sus fuerzas. Pondera cómo es tal el atrevimiento de este capital enemigo, que á nadie perdona, atreviéndose á tentar al mismo Dios; y así, no presumas tú de tí mismo, ni confíes en las victorias pasadas, ni te duermas un solo instante, porque quizá aquel será el momento en que te embista, y hallándote descuidado, te precipitará en el abismo del pecado. Reflexiona en particular la astucia de este malvado enemigo, para estar apercebido á sus ataques. Unas veces tienta con pretexto de necesidad, como á Jesucristo al verle hambriento; otras, aparentando deseos de la gloria de Dios, como cuando le indujo á que se arrojase del pináculo del templo, para que creyesen en Él; otras, con descubierta malicia, como al decirle que le adorase. Sus tentaciones, ya son de gula, ya de soberbia, ya de ambición ú otros vicios. Él sabe tomar todas las apariencias y aspectos; ora con aire compasivo aparenta tener lástima de nuestros males y privaciones, para movernos á faltar á la conformidad, ora se presenta como muy celoso de aquello á que nos ve inclinados, ora finge grande generosidad y largueza en remunerar los servicios que se le prestan. ¿Cómo nos tienta á nosotros el demonio? ¿De qué medios se vale para hacernos sucumbir? ¡Oh Dios omnipotente! Levantaos, dando muestras de vuestro poder, y queden disipados en vuestra presencia todos vuestros enemigos; tenedme de vuestra mano, para que permanezca firme é intrépido en vuestro servicio; no sea que en mi humillación se burlen de mí estos adversarios que andan alrededor, y digan: Prevalecido hemos contra él.

Punto 2.º Considera cómo en este mismo Evangelio te enseña Jesucristo el modo de prepararte á recibir sin peligro los ataques del demonio, y resistir á todos ellos con valor; de suerte que sea él vencido y humillado. Jesús está en el desierto, adonde ha ido movido del divino Espíritu, y allí se ocupa en la oración más ferviente y en la mortificación más rigurosa. ¡Qué disposiciones tan eficaces para estar el hombre preparado y fortalecido contra todos los asaltos del enemigo! Aun los más rebeldes y pertinaces demonios se vencen, según el Salvador, con la oración y el ayuno. Pondera luego cómo te has de portar en tus luchas con el demonio, deduciéndolo del ejemplo que te da el divino Maestro. Si te tiente de gula, ó te induce á remediar alguna necesidad ó preservarte de algún mal, usando para ello de medios ilícitos, has de presentarle como Jesús el escudo de la confianza en Dios, y decirle: «No vive el hombre de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios». Cuando pretende hacerte caer en pecado prometiéndote seguridad del perdón, y que presto te levantarás, y que de la culpa reportarás algún provecho ó gusto para ti, para tus prójimos ó para Dios, respóndele con el Señor: «No tentarás al Señor tu Dios». Pecar con la esperanza de ser pronto perdonado, es pedir á Dios un milagro innecesario, es tentar á su divina Majestad. Finalmente: si quiere arastrarte á algún pecado que vulnere directamente el honor de Dios, como la blasfemia, infidelidad y todas las que se oponen á las virtudes teologales ó hieren alguno de los divinos atributos, aunque en cambio te ofrezca todo el mundo, debes responderle con santo celo y viva indignación: «Á tu Señor adorarás, y á Él solo servirás». Mira, por fin, cómo por resultado de la victoria y premio del triunfo, los ángeles se acercan á Cristo y le sirven amorosamente; no pienses que el Señor reserve toda su recompensa para el otro mundo; ya en este experimentarás algún premio, si eres fiel en la lucha. ¡Oh Padre mío celestial! ¿Quién no se esforzará en pelear con valor, si considera que Vos estáis contemplando el resultado de la batalla, para coronar al momento al que venciere, enviando para esto vuestros ángeles? No permitáis sea yo tan insensato que me deje vencer del enemigo; haced que, imitando á vuestro divino Hijo, salga siempre victorioso y merezca eterna corona.

Epilogo y coloquios. ¡Oh! ¡Cuán grande es la malicia, el atrevimiento y astucia del demonio! Es tal el odio que tiene contra Dios, que no puede ver tranquilo que haya quien le sirva, y tan rabiosa es la envidia que siente al hombre, que, si le ve marchar por buen camino, al instante trata de ponerle algún tropiezo, para que caiga ó se aparte de sus buenos propósitos. Él á nadie respeta; tiente al pecador, y no respeta al más santo. El mismo Jesucristo no se ve libre de sus ataques. ¡Qué astucia tan serpentina! ¡Qué modos tan solapados usa para tentar! Unas veces se

presenta con aire compasivo, otras afecta indignación; ora se viste con piel de oveja para halagar, ora con apariencias de león para atemorizar; ya examina y escudriña nuestras inclinaciones para fomentarlas y satisfacerlas hasta ofender á Dios, ya estudia nuestras necesidades para inducirnos á remediarlas, aun á costa de nuestras almas. ¡Ay de nosotros, si no vivimos prevenidos! Jesús nos enseña prácticamente que si nos entregamos á la penitencia y oración, estaremos preparados para sostener los ataques diabólicos; y si contrariamos los impulsos de este cruel enemigo, triunfaremos y vendrán los ángeles del cielo á celebrar nuestra victoria. Miremos, en vista de todo esto, cómo nos hemos portado hasta ahora, y cómo nos hemos de portar en adelante en las tentaciones. Formemos propósitos de guiarnos por los ejemplos de Jesús; pidamos gracia para saber obrar así, y roguemos por las necesidades de todo el mundo.

DOMINICA II DE CUARESMA.

PRELUDIO 1.º Transfiguróse Jesús delante de tres de sus Apóstoles, los cuales, arrebatados al contemplar tal majestad, quisieron quedarse para siempre en el monte, para contemplar la gloria de su Maestro. — (Matth., xvii, 1-9.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesucristo transfigurado, á Moisés y Elías á sus dos lados, y á los Apóstoles contemplándolos con admiración.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de transfigurarnos espiritualmente.

Punto 1.º Tomó Jesús á tres de sus Apóstoles, Pedro, Santiago y Juan; llevólos á un alto monte, y transfiguróse delante de ellos. Considera acerca de esto las varias veces que se transfiguró Jesús por nuestro amor. En la Encarnación se transfiguró, vistiéndose de la naturaleza humana; en la Pasión, apareciendo como un gusano y leproso, sin hermosura ni belleza; en la Resurrección, cubriéndose de inmortalidad; en la Eucaristía se transfigura diariamente apareciendo bajo las especies de pan y vino, y en el Tabor lo verificó ostentando la gloria que tenía escondida y represada en su alma. De este modo, con estas repetidas transfiguraciones, te muestra Jesús su amor y caridad, deseando que tú seas fácil en transfigurarte, esto es, en negar tus propias afeciones, haciéndote alegre con los alegres, triste con los tristes, todo para todos, á fin de ganarlos á todos. Pondera luego los admirables misterios que están como escondidos en Jesucristo transfigurado; el cual es como la imagen y dechado del alma justa, que á los ojos de Dios y de sus ángeles aparece como resplandeciente por la fe y la caridad, adornada con el blanco ropaje de las obras puras y santas con que se viste; y acompañada de Moisés y Elías, esto es, de la tierna mansedumbre para con los hombres y del ardiente celo por la gloria de Dios. Es, además, esta transfiguración, símbolo y ejemplar de la nuestra; por me-

dio de la cual nos hemos de convertir de hombres terrenos en hombres celestiales, ya revistiéndonos en vida con las costumbres y virtudes de Cristo, ya también adornándonos con la claridad é inmortalidad en la universal resurrección, para ser en todo semejantes á Él. Por fin, es símbolo muy expresivo de la oración, en la cual el alma es iluminada, despojada de la fealdad de los vicios, embellecida con las virtudes, saciada de consuelos divinos, levantada al amor de Dios y de su cruz; habla con Dios, y, como dice san Pablo, se perfecciona y transforma en la misma imagen de Jesús, creciendo de claridad en claridad, guiada por el espíritu del Señor. ¡Oh dulcísimo Redentor! Pues que vinisteis al mundo, entre otros motivos para reformar nuestro cuerpo corruptible, y hacerle semejante al vuestro glorificado, comenzad vuestra obra, hermoseando y embelleciendo mi alma con vuestras virtudes; transformándola en vuestra perfecta imagen.

Punto 2.º Considera en este punto lo que hicieron los Apóstoles cuando, despertando del sueño á que se habían entregado, vieron el cambio maravilloso que se había obrado en su divino Maestro, y la gloriosa compañía de los dos distinguidos personajes que á sus dos lados estaban. Lo primero que experimentaron fué una admiración y gozo tal, que quedaron como fuera de sí de contento; y Pedro, haciéndose el intérprete de los sentimientos de sus discípulos, dijo: «Señor, bueno es que nos quedemos aquí; hagamos tres tabernáculos, uno para Vos, otro para Moisés y otro para Elías». Pedro en esta ocasión no sabía lo que estaba diciendo, como advierte el Evangelista; no porque ignorase las palabras que profería, sino porque pedía lo que no le convenía ni era conforme á la voluntad de Dios, ni á lo que reclamaba su propio bien. Olvidábase que el tiempo de esta vida no es para gozar, sino para padecer; que los consuelos de la oración se dan, no para que en ellos pongamos nuestro fin, sino para alentarnos con los mismos á trabajar. Olvidábase también que antes de la gloria hemos de combatir, y antes del descanso debemos trabajar, y que en este mundo no hemos de pretender el morar en tabernáculos de alegría, sino en tabernáculos de salud, esto es, en las llagas de Jesús. Con todo, reflexiona que si una pequeña gotita de gloria llenó de tan dulce consuelo, gozo y admiración á los Apóstoles, ¿qué experimentará el alma cuando entre en el gozo de su Señor, y beba abundantemente del torrente impetuoso de las delicias del cielo? Pondera también otro afecto que embargó á los Apóstoles en esta ocasión, que fué el temor. Luego que se retiraron Moisés y Elías, quedó Jesús envuelto en una nube resplandeciente, y del seno de ella salió una voz que dijo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien me he complacido: oídle». Fué tal el temor que de ellos se apoderó al oír esta voz, que cayeron en tierra como muertos. ¡Cuán débil es el hombre! Si la sola voz de Dios, aunque sea amorosa, le hace temblar, ¿qué

sentirá cuando Él haga ostentación de su majestad y poder? ¿Tendrás todavía el atrevimiento de ofenderle? ¡Oh Jesús mío! Fijad de un modo indeleble en mi alma las palabras de vuestro celestial Padre. Haced que con docilidad y sumisión oiga vuestros preceptos para observarlos, vuestros consejos para seguirlos, vuestras amenazas para temerlas, vuestras promesas para esperarlas, y vuestras enseñanzas para conformar á ellas mi vida.

Epílogo y coloquios. ¡Cuántas veces quisotransfigurarse nuestro divino Salvador para darnos vuestras inequívocas del amor que nos profesa! En la Encarnación, en la Pasión, en el Tábor, en la Eucaristía.... ¿Por qué no imitamos nosotros la caridad de Cristo, transfigurándonos espiritualmente, disimulando y ocultando lo que hay en nuestro corazón, cuando así conviene para la gloria de Dios y bien de los prójimos? ¡Cuán dichosos seríamos si, á lo menos, lográsemos transfigurar nuestra alma, imitando de un modo espiritual los caracteres de la transfiguración corporal de Jesús! Entonces sería blanca por la pureza, brillante por el resplandor de la virtud y claridad de la divina gracia; darían testimonio de ella el Padre y el Espíritu Santo, tratándola como á hija muy querida, y la acompañarían la mansedumbre en el trato con los hombres y el celo por la gloria de Dios, como Moisés y Elías acompañaban á Cristo. ¿Cómo hemos de alcanzar esta transfiguración? ¿Oramos de modo que por este medio se transfigure nuestra alma? Tal vez imitamos más bien á los Apóstoles, que, habiendo sido excesivamente flojos para la oración, al momento que Jesús les concedió aquel regalo, se engolosinaron de tal modo, que ya no querían marcharse del monte. Tedio en adquirir los bienes espirituales cuando requieren algún sacrificio, y afición desordenada á los consuelos sensibles que se nos conceden: tal es nuestra conducta. Propongámonos obrar desde hoy de otro modo, imitando á Jesús, nuestro Maestro; y para esto oremos con fervor, no sólo por nosotros, sino por todos aquellos que se han recomendado á nuestras oraciones.

DOMINICA III DE CUARESMA.

PRELUDIO 1.º Habiendo Jesús arrojado al demonio de un hombre mudo, habló éste los fariseos tomaron de aquí ocasión para decir que, en virtud de Belzebub, echaba los demonios, lo cual rebatió el Señor con sólidos argumentos. Al oírlo una mujer, arrebatada de su palabra, levantó la voz, diciendo: «Bienaventurada la Madre que te ha dado á luz».— (Luc., xi, 14-28.)

PRELUDIO 2.º Representémonos á Jesús hablando á las turbas.

PRELUDIO 3.º Pidamos la gracia de entender y seguir las enseñanzas de Jesús.

Punto 1.º Estaba Jesús arrojando á un demonio de un hombre que era mudo; y cuando hubo salido el demonio, habló el mudo. Considera aquí uno de los más perniciosos efectos que